

Los que lloráis en este mar de penas;  
Los que gemís, en valle de dolor.  
Venid a Mi: Yo rompo las cadenas.  
Amigo soy del triste pecador.

Y el coro, nutrido por angelicales voces, contestó:  
Venid, venid; a todos os invita  
Mi corazón que por vosotros di.  
Venid. Mi sangre vuestro pecado quita  
Aún cuando fuere, cual rojo carmesí

Andrés no quiso oír más. Cual otro hijo pródigo, se levantó del lodazal de la culpa; se dirigió a un confesionario, donde con la absolución del Ministro del Dios de amor y perdón, recobró la paz de que tanto tiempo careciera, y por la que inútilmente antes suspirara.

Al día siguiente después de alimentado con el Pan de los Fuertes, rompía Andrés con todos los lazos que le detenían. Sus amigos le trataron de loco, raro y excéntrico, sin tener en cuenta las locuras, rarezas y verdaderas excentricidades, que en su vida de pecado cometía.

Ya no temió la venida de su padre. Por el contrario; el mismo le contó sus pasados extravíos, sometiéndose gustoso al castigo merecido, y prometiendo enmienda. El buen caballero, no tuvo para su hijo, ni una palabra de reproche; antes al contrario, le abrazó diciendo:

—No sólo te perdono, sino que te amo más. Paga tus deudas, y sirva lo pasado para tu lección en lo venidero. Al que peca y se arrepiente, le perdona Dios; y yo, que soy un simple mortal ¿seré más exigente que quien tan generosamente te vuelve su amistad?

### III

Andrés no echó en olvido la lección recibida, antes le sirvió para siempre. Hoy es un excelente cristiano y un cumplido caballero, que confiesa a boca llena, que sólo Dios, y no el mundo, es capaz de llenar las aspiraciones del hombre.

A. DE RUEDA.